

Aquel 25 de junio de 1996, hace exactamente un año, estuve con vómitos y fiebre. Mi mamá me llevó a la doctora y le dijo que tenía un virus. Y sí, yo sabía, era el virus del corazón partido. En cada vómito iba un pedacito de ese músculo roto que dolía adentro de mi pecho. En cada línea de fiebre había un poquito de impotencia. Estaba entregada a esa lerdá agonía de un duelo que no imaginé pasar.

El culpable era Eduardo, un morocho ojitos oscuros como chocolate de 6to A. Él me miraba y el día más frío se volvía primaveral, la nube más frondosa se corría para dejar asomar un sol penetrante.

Eduardo había llegado hacía poco a la ciudad, tenía un papá que trabajaba en una empresa constructora y debían mudarse seguido. El primer día que lo vi, 18 de abril...en un recreo, estaba delante de mí haciendo la fila del kiosco. Compró un alfajor de chocolate blanco triple, el del papel azul, según supe después, eran sus preferidos, El kiosquero le dió el vuelto en caramelos, eran cinco. Eduardo giró, me miró y me dijo; ¿Te gustan? ¡Te los regalo! Mi corazón loco, galopante se salía de mi cuerpo. ¿Acaso yo le había gustado? ¿Tendría ganas de ser mi amigo? Yo creí que sí, si no ¿por qué me hizo ese regalo? Apreté fuerte los caramelos y los metí a la mochila para que no se pierdan. Al llegar a casa los guardé como si fuera un tesoro en mi mesa de luz.

A partir de ese momento no falté ni un solo día a la escuela, quería verlo todo el tiempo.

Eduardo y sus compañeros jugaban con los de mi salón al fútbol en cada recreo, yo me sentaba en uno de los escalones del mástil y desde ahí lo observaba. ¡Era tan lindo! Antes de que sonara el timbre corría hasta el kiosco detrás de él para hacerme ver. Yo sabía que me miraba por el rabillo del ojo... Hasta que un día me animé y lo esperé a la salida. Inventé que vivía para el mismo lado y lo acompañé caminando hasta su casa. Yo le miraba esos ojos y nadaba en ellos, me perdía imaginando una vida con él. Entrando a la iglesia, compartiendo los raviolos del domingo rodeado de muchos hijitos, saludándolo cada día al irse al trabajo, esas cosas que hacen los grandes.

Y así pasaron los días, los meses. Nuestras charlas camino a casa después de clases era mi momento preferido del día. ¡Cómo nos reíamos! Un día me contó que su madre y su padre se conocieron a la salida del cine. Yo empecé a reírme y él me miró desconcertado. Entonces le conté que mis padres siempre me cuentan que su primera cita fue también en el cine. Los dos nos reímos juntos. ¡Qué gran coincidencia! Luego, por unos minutos nos quedamos en silencio. ¿Él también estaría lamentando que ya no tuviéramos un cine en nuestra ciudad? ¡Cuántas películas lo habría invitado a ver! ¡Qué lindos momentos hubiéramos pasado!

El jueves 24 de junio lo busqué en el recreo. Estaban todos corriendo detrás de la pelota de papel, pero Eduardo no estaba.

Lo esperé en el kiosco y tampoco apareció. Por las dudas compré su alfajor blanco de papel azul por si llegaba tarde, y no, ese día no vino. Corrí a preguntarle a la seño, la que nos tomaba asistencia, ella me afirmó que no había venido a clases.

Tenía que saber qué había pasado. Las horas se hicieron interminables. Necesitaba que llegaran las doce para correr hasta su casa.

Al fin el timbre sonó y corrí. Corrí hasta quedarme sin aliento esas siete cuadras. Llegué, lo vi, era él. Estaba ayudando a su papá a cargar unas cajas en un camión, se mudaba, se iba, se iba lejos de la ciudad. Me dejaba ahí con todo ese amor que me desbordaba el alma y nunca se lo había dicho. Mi mano en el bolsillo apretó fuerte estrujando el alfajor, mi respiración se cortó, mis mejillas se empaparon y me alejé.

Cómo no me iba a enfermar, si con él se iban hasta mis ganas de levantarme para ir a la escuela.

No lo vi más. A veces pienso que si hubiéramos tenido la posibilidad de ir al cine, todo hubiera sido distinto, como lo fue para sus padres y los míos. Pero eso no pasó y ya no hay nada que hacer... De vez en cuando abro el cajón de la mesa de luz y saco los caramelos que me regaló ese día que lo conocí, uno de manzana, otro de limón y tres de chocolate, de chocolate como sus ojos.